

EJEMPLO DEL CATALOGADOR RIGUROSO

Jesús Vallejo

Un indeterminable día de las primeras décadas de este último siglo, un empleado de la Biblioteca Universitaria de Sevilla escribió con cuidada caligrafía la siguiente ficha:

Himself

The works of Alexander Pope esq. with notes and illustrations by _____

V. Pope, Alexander

Una vez seca la tinta, el escribiente colocó su obra en el cajón de la letra "H", sitio desde donde aún hoy nos sigue desconcertando. Por la anotación final ya se ve que el ejemplar no está perdido para siempre en su anaquel. Minutos antes la misma pluma, llevada por la misma mano, había trazado las siguientes líneas:

Pope, Alexander

The works of _____ esq. with notes and illustrations by Himself and Others. To which are added a new life of the author, an estimate of his poetical character and writings and occasional remarks by William Roscoe, esq.

London — [J. M. Creery] / 1824 / 10 vol. — 22 cm. 8.º m^{lla} / Piel hier. dor. / Con retrato del autor

Fue seguramente al repasar lo escrito cuando su celo de catalogador le llevó a componer la extraña llamada desde "Himself". ¿Qué pudo pretender con ello? ¿Qué tipo de búsqueda quería facilitar? ¿En qué clase de usuario del catálogo podía estar pensando? ¿Quizás en alguien que, necesitando leer al poeta y no recordando bien su nombre, decide buscar por "Himself" al reparar en que Pope escribió sus obras, y las anotó y las ilustró, "por sí mismo"? Evidentemente no; ni siquiera entre los locos por los libros sería fácil encontrar a quien razonara de ese modo. Como el lector habrá ya adivinado, la causa de que en el cajón de la "H" haya una cartulina de más es otra, y tiene que ver con el modesto papel que la lengua inglesa jugó en la educación de aquel anónimo escribidor.

Pero precisemos: en realidad el problema no es que no supiera nada de inglés, sino, por el contrario, que supiera sólo algo. El encargado del catálogo sabía lo que significaba la preposición "by", y que era indicio de autoría. Si no, no se explicaría la ficha "Himself", ni tampoco esta otra, que conduce a los mismos volúmenes:

Roscoe, William

The works of Alexander Pope esq. with notes and illustrations by Himself and Others. To which are added a new life of the author, an estimate of his poetical character and writings and occasional remarks by _____

V. Pope, Alexander

Esta correctísima anotación sería la última de la serie si no fuera porque los conocimientos de inglés de nuestro hombre no se limitaban a la preposición dicha. Conocía también el significado y función de la conjunción copulativa "and". Para comprobarlo, asomémonos al cajón de la letra "O", donde encontraremos, engendrada por la misma pluma y fruto del mismo encomiable celo, esta ficha:

Others

The works of Alexander Pope esq. with notes and illustrations by Himself and _____

V. Pope, Alexander

Talvez el lector de estas líneas, curado de espantos desde nuestra primera papeleta, esperaba ya esta última. Sin embargo, es tan sorprendente como aquella, si no más: debo confesar que, tras el hallazgo casual de esa insólita referencia de lógica intachable ("Himself"), y después de seguir la pista a través de "Pope" y "Roscoe", busqué la cuarta ("Others") con cierta desconfianza; y tardé además en hacerlo, pues sólo al leer varias veces el documento principal se me ocurrió pensar que acaso existiera una secuela tan improbable. Así que pasaron unos días antes de que encontrara, en el mismo catálogo sevillano, este segundo desatino, este monstruo de tinta y papel que desde hace décadas yace confinado en su estrecha cárcel de madera entre "Oteyza, Athanasio" y "Ots Capdequí, José María", y que espera, paciente, la imposible consulta de un investigador patológicamente exhaustivo que quiera comprobar si hay "Others" que hayan escrito algo sobre el tema que pretende agotar.

Para alguien que nunca se ha puesto a ello, casi no cabe imaginar un trabajo intelectual más anodino y rutinario que el de catalogar libros. El inexperto pensará que se trata sólo de transcribir la información del frontispicio, autor, título, editorial, lugar, año, comprobar el ordinal de edición, hacer constar el tamaño en centímetros, el número de páginas y otros detalles de similar carácter, esto es, dejar constancia escrita de una serie de datos patentes y objetivos. Esos datos se plasman en un pequeño rectángulo de cartulina gracias a la mediación necesaria del catalogador, cuya labor debería ser discretísima: quien cataloga no ha de modificar el dato, tiene que limitarse a trasladarlo intacto de un lugar a otro, del libro a la ficha. Cualquier cambio podría impedir la perfecta identificación del ejemplar almacenado en la biblioteca, con nefastas consecuencias para el servicio que esta institución pretende prestar. La ficha puede así concebirse como el reflejo directo de la realidad del libro, su tarjeta de identidad. Será tanto más adecuada cuanto menos se

manipule, cuanto menos de sí mismo ponga quien la elabora, cuanto menos creativo se muestre, cuanto mayor sea el automatismo que sepa imprimir a sus tareas.

Hasta cabría pensar que una máquina podría hacer el trabajo. En efecto, si se trata de dar el menor terreno posible a la razón mediadora del catalogador, lo mejor sería eliminarla del todo, procurando la vía más adecuada para la reproducción mecánica y exacta de los datos necesarios. Pero encontrar el camino no es fácil: la cámara fotográfica y la fotocopiadora son tan precisas como inútiles, incapaces de uniformar en el catálogo la diversidad de la biblioteca; el ordenador y el escáner automatizarían la lectura de los datos relevantes, pero con ellos sólo alcanzaríamos el insignificante objetivo de ahorrar al empleado de la biblioteca, cuyas decisiones seguirían siendo determinantes, el esfuerzo de escribir.

¿Qué máquina se requeriría entonces? Tal vez una imaginada mucho antes que la cámara fotográfica, la fotocopiadora, el ordenador y el escáner, pero aún en nuestros días no lograda pese a los conatos de los investigadores que se afanan en el campo de la robótica: un autómatas suficientemente instruido. Un autómatas que manejara y examinara los libros, y que los midiese, y que revisara la paginación, y que inspeccionase la encuadernación y elaborara la signatura tipográfica, y que reprodujese títulos y colofones, y que identificara y distinguiera editoriales e imprentas, y que reconociese autores y los separara de compiladores, directores, correctores, glosadores, exégetas o anotadores, y que a estos efectos diferenciase apellidos y nombres... y que en casos dudosos conociera las preposiciones indicadoras de autoría en distintos idiomas (como por ejemplo "by"), y que tuviera presente que las conjunciones copulativas ("and" sin ir más lejos) son indicio de coautoría.

Sí, es cierto, se veía venir.

Y es que no estábamos ante la obra de un autómatas, pero sí ante la de alguien que se esforzaba en actuar como tal, un profesional riguroso que seguía a rajatabla los criterios de su oficio previamente aprendidos. Quién sabe incluso si, conociendo el significado de "Himself" y "Others", no encontró en sus instrucciones excepción alguna a las reglas cuya aplicación imponía la presencia de "by" y "and", y decidió, pese a todo, atenderlas. No se le pasó por la imaginación el cataclismo textual que provocaba: quiso no intervenir, y logró que su intervención fuese clamorosa; quiso mantener inmutable el texto, y lo modificó hasta el absurdo; quiso dejar intacta la realidad del libro que tenía ante su vista, y alteró radicalmente su representación; quiso evitar la generación de un texto diverso al del libro, y multiplicó por dos el número de lecturas que se incorporaron al catálogo.

Es imposible saber qué efecto le hubiera producido a Alexander Pope el conocimiento de esta ínfima peripecia de su póstuma fama; tal vez le hubiera divertido saber que en un lejano futuro alguien le atribuiría un sobrenombre más cerradamente autorreferencial que el que ya, como católico de nación inglesa, llevaba auestas desde su nacimiento. Mas estaría tan lejos de imaginarlo como nuestro escribiente sevillano de concebir que un par de detalles de su monótono trabajo pudiesen dar lugar a este comentario tardío. Y es que son detalles de esos que hacen pensar.

La enseñanza es que no hay lectura sin interpretación, y que la mera transcripción de textos ya la supone. El enunciado es válido incluso para textos de

significado tan pobre como los de mera identificación que suelen encontrarse en las primeras páginas de un libro impreso. ¿Es una obviedad nuestra moraleja? Tal vez, pero si lo es, sorprende la extrema facilidad con la que se olvidan las evidencias. El campo de la historiografía es especialmente adecuado para observarlo. Cuántas veces hemos oído pretender a muchos de sus cultivadores que ellos se limitan a atender estrictamente lo señalado por las fuentes que manejan; que no alteran los textos, que no los interpretan, que se atienen rígidamente a lo que resulta de la lectura de los documentos de los que parten. Y es verdad que actúan así: justo como nuestro riguroso catalogador de bibliotecas.

Este se convirtió, sin sospecharlo siquiera y durante un breve momento de su vida, en metáfora animada del historiador, en perfecto trasunto del investigador del pasado. Al abrir el tomo primero de la bella edición decimonónica de las obras de Pope apareció ante su vista el inexpresivo testimonio de un mundo ignorado: el de una literaria Inglaterra sumida ya en las brumas del ayer. El desconocimiento vastísimo que el escribiente sevillano tenía de ese viejo universo fenecido no le arredró: para cumplir el objetivo de su quehacer profesional le bastaban los elementos con los que había de desenvolverse, una preposición y una conjunción apenas. No se le ocurrió que fuera poco. En realidad, hasta pudo enorgullecerse de comprobar que, para el caso, no sólo sabía "un" poco de inglés, sino "dos" pocos. Es casi descorazonador concluir que si hubiera sabido menos, también se habría equivocado menos.

Los historiadores también nos asomamos a mundos extraños, lejanos no en el espacio, pero sí en el tiempo. Conocemos de ellos testimonios fragmentarios, y solemos estimar que sabemos lo suficiente para entenderlos. Pero ¿cómo podemos de verdad valorar la potencialidad de nuestros instrumentos de acceso, de nuestros términos, de nuestros conceptos, de nuestros métodos? ¿No sucederá que a veces sabemos sólo lo equivalente a una preposición y a una conjunción? ¿No resultará que el aumento cuantitativo y cualitativo de nuestros conocimientos sirva únicamente para convertirnos en expertos en preposiciones, conjunciones o artículos, y ni siquiera sospechemos los sustantivos y los verbos?

Así como la historia se reescribe, los catálogos también. El del fondo antiguo de la Biblioteca Universitaria de Sevilla está ya en proceso de informatización. Desaparecerá el cálido mueble de madera, terreno delicioso de exploración y descubrimientos, y se instalarán mesas y terminales desde donde podrán emprenderse relampagueantes recorridos por autores, por títulos, por descriptores de contenidos... Pero ¿y las fichas? Son en sí mismas fuentes para la historia de una institución viva, y no sólo instrumentos que posibilitaron su funcionamiento. ¿Se archivarán? ¿Se confeccionará entonces un catálogo informático del catálogo de papel? El fantasma de Alexander Pope, si gusta de revolotear por las bibliotecas y es mínimamente curioso, debe de estar expectante.